

REVISTA ESTUDIANTIL

ENTRE LINEAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



REVISTA ESTUDIANTIL ENTRELÍNEAS
Año 11. No. 11. Semestre B de 2023 ISSN: 2256-2133

Rector

Omar Albeiro Mejía Patiño

Vicerrectora de Docencia

Martha Lucía Núñez R.

Vicerrector Desarrollo Humano

Diego Alberto Polo Paredes

Vicerrector Administrativo y Financiero

Mario Ricardo López Ramírez

Vicerrector de Investigación – Creación, Innovación, Extensión y Proyección Social

Jonh Jairo Méndez Arteaga

Director Idead

Carlos Arturo Gamboa Bobadilla

Secretaría Académica Idead

Marien Alexandra Gil Serna

Director Publicación

Nelson Romero Guzmán

Comité Editorial

Carlos Arturo Gamboa B.

Elmer Hernández

Jorge Ladino Gaitán

Hernán Ruiz

Diseño

Andrés Mauricio Ospina Ariza

Asistente Editorial

Norma Constanza Torres Espinosa

Imágenes

Tomadas de la WEB

Dirección

Universidad del Tolima Sede Centro/Barrio Santa Helena

Correo electrónico

revistasidead@ut.edu.co

Territorio e identidad en la novela *Esta herida llena de peces* de Lorena Salazar Masso



Aura Gisela Calderón Santos

Danna Estefanía Mape Ospina

Paula Andrea Torres Rojas

Jhonatan Stiven Orjuela Velandia

Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana

Semestre X – IDEAD, CAT Ibagué

En esos días, días sin sol, noches sin luna, ningún lugar es mi lugar y no consigo reconocirme en nada, ni en nadie.

Las palabras no se parecen a lo que nombran y ni siquiera se parecen a su propio sonido. Entonces no estoy donde estoy.

Dejo mi cuerpo y me voy, lejos, a ninguna parte, y no quiero estar con nadie, ni siquiera conmigo, y no tengo, ni quiero tener, nombre ninguno: entonces pierdo las ganas de llamarme o ser llamado.

Eduardo Galeano

A ritmo de canoa, la joven escritora colombiana Lorena Salazar Masso (Medellín, 1991) nos hace viajar por su primera novela *Esta herida llena de peces* (2021). Debemos preparar los sentidos y estar atentos en cada parada. El gusto es indispensable porque su viaje incluye sabor a territorio; una sazón que oscila entre el deseo de pertenecer a un lugar, y la violencia que despierta de golpe a ese sueño y hace saber de inmediato que nada y nadie nos pertenece. Olor a río, a lluvia y a pescado. La vista, porque los paisajes del Chocó son tan magníficos que hasta cuentan con “tres soles”. El tacto para palmar una maternidad real, llena de temores e incertidumbres. Y el oído para escuchar el canto de las aves, pero no un canto cualquiera sino uno que se liga a la historia de Colombia. Sonidos que se confunden con disparos, aquellos que causan dolor y miedo en medio de un lugar que ha quedado en el olvido, marcado por huellas de violencia, esa misma que sin importar el pasar del tiempo aún sigue



Lorena Salazar Masso

presente, donde “el pasado proyecta su sombra y los recuerdos de lo acontecido emergen de nuevo, avivando fantasmas y miedos” (Salazar, 2021, p.18).

Este viaje sensorial es solo un abre bocas de todo el contenido simbólico dentro de *Esta herida llena de peces* de Lorena Salazar Masso, trabajo que se gestó como un requisito académico para



su grado de Maestría en Narrativa y terminó en una novela traducida a seis idiomas (alemán, polaco, francés, danés, neerlandés, e inglés). Lorena, nació en Medellín en 1991, pero teniendo solo ocho años su familia emprendió un viaje sin regreso hacia Quibdó, Chocó, sin regreso porque, aunque a sus 17 años Lorena volvió a residir en Medellín para realizar sus estudios superiores, siempre hubo algo del Chocó que quedó en ella, y ahora, mucho de ella que está en el Chocó, y en su libro tan de ella como de la tierra que la vio crecer.

Esta herida llena de peces no solo goza de su traducción a diversos idiomas, sino que además, inicialmente en su forma de literatura emergente publicada en el idioma natal de su autora por dos editoriales, una en Madrid España (Editorial tránsito), y otra en Medellín Colombia, por Angosta Editores, en su colección Ópera prima, destinada para hacer sonar las nuevas voces de la literatura, juntas en marzo del 2021;

estas editoriales tienen como propósito dar la oportunidad a escritores que tienen voz propia, voces que van contra la corriente y “logra que en la informalidad se lea literatura emergente a través de un mercado invisible” (González, 1999, p.9) y es que “la literatura emergente provoca sus propias grafías, interroga las fronteras de lo estético y crítico intenta ir más allá con la literatura” (Ibid.).

A grandes rasgos, hablar de literatura emergente es hablar de voces que brotan cual semilla fértil en medio de tierra árida, o de voces canónicas que no se atreven a nadar en contra de la corriente, tienen nueva voz, (sea o no un nuevo escritor), creándose una literatura diferente que rompe con lo tradicional y va más allá de las reglas; así como lo sostiene (González, 1999) al decir que “la literatura emergente se considera como literatura alternativa con características propias como: una escritura por fuera del discurso literario comercial, los autores financian la edición de sus obras, se apuesta por una circulación o distribución informal y la inclusión de otras formas de literatura” (p. 9).

Esta herida llena de peces, es la historia de una mujer que emprende un viaje con un niño, ambos sin nombre, tomando así esa peculiar universalidad que caracteriza la buena literatura; porque cada quien puede colocar a ese niño el rostro del suyo, puede sentir la historia como propia e incluso llegar a sentir la maternidad en las entrañas que nunca han gestado vida dentro de sí. No obstante, en medio de estos “sin nombre”, resuenan otras figuras que además de que sí aparecen con nombre propio, lo hacen en repetidas ocasiones durante la historia, construyendo el territorio simbólico y la identidad de sus habitantes. Aparece, por ejemplo, el río Atrato sobre el cual navega la canoa y gran parte de la narración, al igual que muchos otros ríos en Colombia han sido fieles espectadores de los amores más fuertes y de las violencias más desgarradoras, es “testigo de llantos y sangre, nacimientos y muertes, salidas



y llegadas. Los ríos del Chocó, otra forma de habitar la tierra: las canoas también son casas, puestos de trabajo y escondite.” (Salazar, 2021 p. 93).

En esta novela el río está cargado de historias de vida que se enmarcan en la realidad de un país, donde es el mismo río aquel que produce beneficio o desdicha teniendo en cuenta que a todos los toca de manera diferente, algunos con dolor y sufrimiento a causa de la violencia convirtiéndose en un lugar donde la sangre se entremezcla con el movimiento de las olas y se disuelve intentando borrar aquello que marca el tránsito del río como un escenario de guerra, así como cuando la narradora dialoga con Gina, la otra madre de su niño sin nombre y expresa: “le cuento lo que vimos en el río durante el viaje y ella responde que la gente del pueblo tiene miedo, pero nadie los escucha. Es como pedir ayuda desde un pozo oscuro y profundo, dice.” (p. 163).

Salazar no teme decir que el río es un “animal traicionero que nos da de comer, aunque cada vez la cosa se ponga más dura y esa gente ande para arriba y para abajo amenazando como si fueran dueños, aunque nos espanten los pescados, nos arranquen de la tierra, nos quiten los hijos, las uñas y hasta las ganas de vivir”. (p. 174); son las aguas del río Atrato

y de otros tantos ríos colombianos que llevan consigo historias con matices. Ríos convertidos en cementerios, en belleza natural o sustento alimentario, aguas que no olvidan toda la sangre que han tenido que soportar, aguas que según los ojos que las miren son azules, o rojizas.

Por otra parte la violencia, aunque dolorosa, también entra a ser constructora de identidad, porque ha hecho parte de nuestras vidas y del territorio, como diría Salazar, esta es “una herida con la que nacemos todos” (p. 28). Esta autora, hace referencia de manera implícita en la mayoría del recorrido narrativo a la guerra del conflicto armado en Colombia: “una lancha gris, de dos motores y carpa negra, pasa junto a nosotros en dirección contraria. Es más pequeña que nuestra canoa. Solo alcanzo a ver la ropa verde de los pasajeros, hombres con pañuelos rojos amarrados al cuello que no bajan la mirada y tampoco saludan. Nos dejan atrás en segundos. El niño grita adiós y agita la mano. No se lo impido, no podría explicar por qué no debería saludarlos” (Salazar, 2021, p. 54) y explícitamente (y de golpe) hacia el final, cuando expresa: “algo golpea el techo de la iglesia y explota ¿mi niño? ¿Dónde está mi niño? ... piel negra entre madera, piel negra sangrando, piel negra muerta en el suelo de la iglesia de Bellavista.” (Salazar, 2021, p. 177).

No obstante, nuestra tierra también goza de atributos muy valiosos, como lo es la oralidad, en *Esta herida llena de peces*, los alabaos y los gualíes están en los momentos más duros y sentidos, que sin estos cánticos no tendrían la misma significación, el mismo sentir en el alma: “las cantoras que alzan alabaos, arrullos y chigualos para que los muertos encuentren el camino, para que los familiares lloren su pena ... las matronas quieren decirles: más fuerte, que duela, que los borrachos lloren” (Salazar, 2021, p. 106). Pero estos rituales no solo están en acontecimientos dolorosos y lejanos, se encuentran presentes también en el día a día, hacen parte ya de las formas de habitar el territorio con “cantos mezclados con el sudor de las labores diarias como en el momento en el que “la conductora apaga uno de los motores, tararea una melodía: trabajo y canto” (p. 139); conservados mediante las tradiciones y creencias que hacen parte de la cultura en su territorio y predominan con el tiempo porque han venido de sus antepasados hasta ahora y esto a su vez resalta las características propias de su identidad.

Y, por supuesto, tiene protagonismo también la maternidad como constructora de identidad

y no solo de las mujeres del Chocó sino de todos sus habitantes porque esta no se limita (especialmente en esta historia) al acto de dar a luz, sino que va mucho más allá, situándose en el hecho de estar presente en la vida de alguien, de querer dedicar su vida a la construcción de otra, de sacrificar, de estar en una unión tan fuerte que aun sabiendo que el desapego y la huida llegarán en algún momento, sigue amando cada día con más intensidad. Salazar resume lo anterior expresando que, “una madre es algo que duele, es herida y cicatriz ... una mamá es la persona que está” (p. 20).

La maternidad como sinónimo de estar, menciona Salazar, una palabra olvidada en la actualidad donde muchas personas no se percatan que estar va más allá de su materialidad corporal, que esto implica una entrega en alma y corazón también, es prestar atención con todos los sentidos, es estar dispuesto a tener un collage de emociones a diarios, de pasar de estallar de la alegría a no poder contener el miedo. La maternidad implica dolor, temor e imperfección, hay muchas madres, que como a Gina, “les duele la cicatriz de los tres hijos perdidos. Duele, todo duele: que el niño se quede, que se



vaya. Tener un hijo es garantía de sufrimiento y ella tuvo cuatro.” (p. 171).

La identidad también, en la labor de ser artesano, de ganar (o perder) la vida con la obra de sus manos, de saber que en el territorio habitado tiene más valor las labores que requieren tiempo, dedicación y amor en cada tacto, mucho más que las que aún no están automatizadas o mediadas por la uniformidad de las máquinas. Salazar (2021) en voz de su narradora expresa: “las dos trabajamos con las manos- me dice Gina. -Aquí todas las mujeres, hasta las blancas, trabajamos con las manos- respondo. (p. 162). Pero también son las manos que abren caminos en cabezas ajenas, donde,

las costumbres simples permanecen: nadar en el río, cocinar arroz con queso o trenzar a una vecina. Las trenzas unen a la dueña del pelo y a quien lo trenza en una complicidad íntima; la trenzada deja ver sus raíces, se arrodilla ante otra para que disponga de su fuerza y de su encanto. La trenzadora es responsable de crear caminos, ríos, salidas en el pelo de otra, unirlos a todas las mujeres que han sido trenzadas en la historia. (Salazar, 2021, p. 38)

Por lo anterior, se puede decir que Salazar, en *Esta herida llena de peces* realiza una construcción de identidad sobre un territorio que no se limita a lo geográfico y que, si bien hace mención del Chocó, va más allá, siendo así un territorio simbólico, metafórico y emotivo, en el que tanto la maternidad como la oralidad, la figura del río y hasta la violencia toman un papel protagónico en la construcción de sentido de pertenencia a un lugar, a unas personas, a una cultura. No obstante, en esta pertenencia se puede dar la vuelta total a la narrativa porque se llega a la conclusión que nada, ni nadie nos pertenece, y que cuando esto nos falta ni siquiera nosotros nos pertenecemos, la narradora de *Esta herida llena de peces*, en su final, se une a Galeano cuando expresa “dejo mi cuerpo y me voy, lejos, a ninguna parte, y no quiero estar con nadie, ni siquiera conmigo, y no tengo, ni



quiero tener, nombre ninguno: entonces pierdo las ganas de llamarme o ser llamado”.

Esta herida llena de peces nos muestra figuras posibles que construyen historias a través de un territorio que no se limita al contexto físico porque se convierte en un trazo continuo que tiene profundidad y desborda hacia cualquier horizonte que para muchos es riqueza y para otros desdicha, un hilo conductor por el cual se navega y conservan memorias pasadas y otras que aún tienen cimientos allí, una historia que se teje a través del río y llega hasta el interior de la cultura, identidad, oralidad y tradiciones que se configuran para mostrar un territorio olvidado, desapercibido pero recordado por quienes en sus raíces e identidad logran construir nuevas formas de mostrar la belleza inmersa en el Chocó, con otras miradas que cuenten una historia que va más allá del territorio, con sentir y una grafía que ha dejado marcas de amor, tradición y violencia, con la capacidad de evidenciar una cultura que a lo lejos retumba con el sonido de su voz, cánticos y colores que persisten y no se extinguirán.

Referencias Bibliográficas

Salazar, M, L. (2021). *Esta herida llena de peces*. Medellín, Colombia: Angosta Editores

González, S, M. (1999). *Claves para entender la literatura emergente de fin de siglo*. Santiago, Chile: UTEM

ENTRE LÍNEAS

